

¡QUÉ MISTERIO!

Orville Swindoll

¿Quién no se sintió mistificado alguna vez frente a una obra o disposición de Dios que no se explica? ¿Quién no se maravilló en algún momento frente a la grandeza y la bondad de la gracia de Dios?

Dios no obra siempre de la manera que esperamos, ni actúa según nuestro esquema ni mucho menos conforme a nuestros deseos. Por eso estamos destinados a quedar asombrados, atónitos o maravillados frente a la revelación de la voluntad y el propósito de Dios.

En el Nuevo Testamento hay una palabra que aparece veintisiete veces que nos ayudará a comprender esta manera de ser de Dios. Es la palabra «misterio». Aparece, por ejemplo, en los siguientes textos:

Mateo 13:11

*«A ustedes se les ha concedido conocer los **secretos** del reino de los cielos; pero a ellos no.»*

La palabra «secretos» es, literalmente, «misterios» en el idioma original.

Consideremos ahora un pasaje más extenso del apóstol Pablo, en **Efesios 3:2–6**:

*«²Sin duda se han enterado del plan de la gracia de Dios que él me encomendó para ustedes, ³es decir, el **misterio** que me dio a conocer por revelación, como ya les escribí brevemente. ⁴Al leer esto, podrán darse cuenta de que comprendo el **misterio** de Cristo. ⁵Ese **misterio**, que en otras generaciones no se les dio a conocer a los seres humanos, ahora se les ha revelado por el Espíritu a los santos apóstoles y profetas de Dios; ⁶es decir, que los gentiles son, junto con Israel, beneficiarios de la misma herencia, miembros de un mismo cuerpo y participantes igualmente de la promesa en Cristo Jesús mediante el evangelio.»*

En este texto Pablo afirma que el plan de Dios de salvar a los que no eran judíos quedó velado, encubierto de todos los que vivían antes de Cristo, pero que por los apóstoles Dios dio la revelación de que los gentiles fuimos incluidos en su maravillosa oferta de gracia y salvación por el evangelio, sin tener que convertirnos primero en judíos.

Uno de los textos de mayor impacto donde aparece la palabra «misterio» se halla en **Colosenses 1:25–27**:

«²⁵De [la iglesia] llegué a ser servidor según el plan que Dios me encomendó para ustedes: el dar cumplimiento a la palabra de Dios, ²⁶anunciando el **misterio** que se ha mantenido oculto por siglos y generaciones, pero que ahora se ha manifestado a sus santos. ²⁷A éstos Dios se propuso dar a conocer cuál es la gloriosa riqueza de este **misterio** entre las naciones, que es Cristo en ustedes, la esperanza de gloria.»

Aquí Pablo dice, para el asombro de todos los creyentes, que el propósito de Dios es mucho más que salvarnos del pecado. Dios quiere manifestar su vida gloriosa dentro de nuestros «vasos de barro», o sea, nuestros cuerpos humanos, por medio del Cristo resucitado, ascendido y manifestado en nosotros. Esto sí que es una «esperanza de gloria».

Esta palabra «misterio» que aparece en estos y otros textos **NO** tiene el mismo significado que la palabra *misterio* que usamos comúnmente en inglés o en español. En nuestro uso corriente de la palabra nos podemos referir a la pérdida de una corbata o de una bicicleta que no logramos explicar, o a la sensación de extrañeza por la conducta de otra persona que no nos parece razonable. Pero una vez que nos enteramos que un amigo llevó la corbata o la bicicleta sin avisarnos previamente, o se nos explica que esa conducta extraña se debió a una triste noticia que la persona acabó de recibir, se descifra el misterio y, por lo tanto, no existe más.

En cambio, el misterio que existe en el plano de la revelación de Dios es característico de lo espiritual. Trataré de explicarme. No se puede conocer las cosas de Dios como resultado de habernos informado o deducido lo que Dios nos quiere revelar. Por eso constituyen un misterio. Cuando Pedro respondió a la pregunta de Jesús —«¿Quién dicen ustedes que soy?»— con la respuesta: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente», Jesús le explicó que Pedro supo eso por revelación de Dios: «Mi Padre te lo reveló».

Jesús sabía muy bien que los hombres no pudieron llegar a conocer a Dios simplemente por las buenas explicaciones o por el uso de la razón. Hacía falta una

operación de la soberana gracia de Dios. Por eso Jesús habló tanto en parábolas para relatar los misterios del reino de Dios. En todas sus enseñanzas Jesús esperaba que sus oyentes experimentaran dos cosas que él no podía producir en ellos. Primero, tenían que abrir sus oídos y sus corazones a Dios. Si no hay una apertura hacia las cosas de Dios, es imposible llegar a conocerlo. Dios no obliga ni coacciona a nadie a andar en sus caminos. La semilla de Dios tiene que caer en buena tierra para poder germinar.

Y en segundo lugar, tenían que experimentar la gracia de Dios, una operación sobrenatural de Dios que ningún comunicador, por bueno que sea, puede producir en su oyente. Si la gente llega a convencerse de la verdad que les comunicamos en el evangelio, su conocimiento de Dios será solo a nivel intelectual. Eso no es salvación. La salvación, el perdón, la redención es resultado de una operación soberana de la gracia de Dios en un corazón abierto a él.

Siempre habrá cierto misterio en el reino de Dios que no se explica para nuestra entera satisfacción. **La cruz es un misterio.** No se puede entender cabalmente por qué Dios determinó salvarnos por la muerte en la cruz del Hijo de Dios. **La iglesia también es un misterio.** No podemos entenderla en términos estadísticos, económicos, políticos o culturales. Hay un elemento soberano de la gracia de Dios. Si ese elemento no opera, no hay iglesia sino un club religioso. No podemos reducir la fe cristiana a un conjunto de conceptos. Tiene que haber un elemento inefable, inexplicable, misterioso. Sin ese elemento inexplicable, la fe y el evangelio se desvirtúan.

Abramos los corazones, hermanos, para que la gracia de Dios opere en nosotros. Esa gracia es la que nos trae salvación, luz espiritual, avivamiento y perdón de nuestros pecados. ¡Qué misterio maravilloso!